OFICIO DE VAGABUNDO

Cuando llegó el día en el que tuve que decidirme por un oficio, a mi padre, que me preguntaba, le respondí:

—¡Quiero ser vendedor de pipas!

Mi padre dijo que vendedor de pipas no era un oficio. Oficio era ser carpintero, mecánico o panadero. Entonces insistí, y mi padre añadió:

—¡Vendedor de pipas es un oficio de vagabundos!

Me hubiera gustado responderle que no podía hacerme a la idea de pasar el día encerrado en un taller o en una oficina. Pero sentía miedo de las manazas de obrero de mi padre: me golpeaban entre el cuello y los sesos. Y ya se estaba enfadando. Culpaba a mi madre de haberme educado mal. "Este niño tiene alma de vagabundo—decía. Y luego—: "¡No sacaremos de él nada bueno!"

Así que no dije nada. Hasta aquel día había sido un niño feliz. Las calles, el aire limpio del campo y las afueras y la arena del río, todo aquello que puede tener un niño libre en la calle y en el campo, por el río, habían sido mis días. Estas eran mis razones. Y por eso, cuando supe que debía escoger un trabajo que limitara mi libertad, escogí aquel que creía más libre, más mío.

Había dicho "vendedor de pipas" porque fué la idea que primero se me ocurrió, teniendo a mi padre delante y a sus grandes manos apoyadas en la mesa de la cocina. En realidad, los vendedores ambulantes tenían unos rostros y voces determinados, y en el transcurso de mis diarias aventuras encontraba siempre su presencia; era como si ellos, también por juego, recorrieran la ciudad curioseando en sus recovecos, como criaturas libres, ensimismadas en su pregón.

El vendedor de pipas era un hombrecillo pequeño y delgado, con el cuello de la camisa siempre cerrado y una corbata roja, deshilachada, y un gorro con visera pegado a la cabeza como el de un soldado. Llevaba bajo el brazo un cesto de mimbre rectangular, lleno hasta la mitad de pipas tostadas, en el que introducía una medida de madera en forma de huevera. Se anunciaba gritando: "¡Aquí está el pipero!", arrastrando

las vocales largamente. Iba de un sitio para otro repitiendo su grito, levantando la mirada al cielo: el tono de su voz era una plegaria. A veces, se sentaba en los bancos de los jardines, en los bordillos de las puertas de los cines, dejando el cesto en tierra, como adormecido. De pronto se levantaba, caminaba de prisa antes de recobrar su paso normal y su grito. Llamábase Checo, alias "Missirizzi". "¡Las pipas de "Missirizzi", que están calentitas!", gritaba.

Pero cuando llegaba la estación adecuada, el amigo de todos los chiquillos se convertía en vendedor de altramuces blandos y salados, y recorría la explanada desembocando por Oltrarno.

Entonces caminaba con pasos cortos y rápidos, dando la impresión de que iba a caerse, arrastrado hacia adelante por el peso de la palangana que sostenía en el brazo izquierdo, apoyada en el costado. Y en la mano derecha una sillita de paja. La palangana era verde por dentro y color ladrillo por fuera; en su interior, los altramuces se doraban bajo el sol, húmedos y como pescados en el río. El vendedor tenía el cabello blanco, la nariz morada y bajo su delantal almidonado se le veían el chaleco y los pantalones. Y en la cabeza su sombrero de paja. Caminaba precipitadamente y sólo se detenía cuando alguien lo llamaba. Entonces dejaba la palangana sobre la silla y sacaba del bolsillo del delantal cartuchitos y terrones de sal que derramaba sobre los altramuces. Noble, con su gesto serio, trabajaba en un rito. Jadeaba siempre. Parecía un alma en pena que recorriese a pasos pequeños y rápidos la ciudad, otorgando el oro de sus altramuces como una bendición.

¿Cómo explicarle esto a mi padre? ¿Cómo hacerle comprender toda la belleza de estos oficios al aire libre, la alegría que mostraban los ojos de Checo, en su apresurado caminar de vendedor, y la alegría que ofrecía, por unos céntimos, a los transeúntes? Y como él, el vendedor de roscos. Y un mago, el hombre de las pajaritas de papel, de los pequeños barriles, que gritaba:

—¡A la Feria de las Maravillas! ¡Al Paraíso de los Niños! ¡Ea, ea, se mira y no se toca!

¿Cómo decirle esto a mi padre?

Era un hombre que tenía grandes manos de trabajador, leía su periódico, su camisa estaba manchada de grasa; pasaba sus días encerrado en un taller; sus cabellos eran castaños, tiznados. Y el domingo desaparecía igual que si fuera al trabajo, desconocido en su traje gris. Yo le quería, no sólo era miedo: me gustaba su fuerza, su gesto serio. Era un chico de doce años y me habría gustado decirle:

—¿Sabes, papá? Hay sol cuando estás en el taller; el agua del río es verde; los altramuces de oro, y las pipas de "Missirizzi" están calentitas. No puedo dejar todo esto, mi libertad.

Pero fué mi padre quien dijo:

—Tienes que aprender un oficio. El trabajo distrae. Se aprende algo más que el oficio, otra cosa, algo serio. Un vendedor de pipas, cuando seas grande, también te parecerá un vagabundo, uno que no ha tenido el suficiente valor para ser un verdadero hombre.

Bueno, papá, ahora soy grande, y aún los poetas no tienen un nombre.

(Traducción de Antonio Prieto.)



VASCO PRATOLINI